

KANSAI GAIDAI UNIVERSITY

El Encuentro con Asia de Eugenio Orrego Vicuña

メタデータ	言語: en 出版者: 関西外国語大学・関西外国語大学短期大学部 公開日: 2018-10-10 キーワード (Ja): キーワード (En): Literatura chilena 作成者: Letelier, Paula メールアドレス: 所属: 関西外国語大学
URL	https://doi.org/10.18956/00007829

El encuentro con Asia de Eugenio Orrego Vicuña

Paula Letelier

Abstract

Eugenio Orrego Vicuña fue un renombrado diplomático y hombre de letras de los primeros años del siglo XX. Estudió derecho en la Universidad de Chile, donde se graduó con distinción máxima. En 1925 fue designado por el gobierno para ocupar un cargo diplomático en el extremo oriente, por este motivo residió en China y Japón. Como resultado de esa experiencia escribió *Mujeres, Paisajes y Templos. Japón y China*, texto que muestra sus sensaciones y emociones frente a una sociedad desconocida en su época.

Debemos remontarnos al año 1931, fecha de la publicación del texto, para entender el misterio y la fascinación que despertaba Japón para los lectores chilenos, un lejano país que probablemente nadie conocería en toda su vida. Orrego Vicuña nos describe con veracidad, pero también con imaginación un país con paisajes llenos de neblina, templos con musgos, supersticiones y mujeres de inigualable belleza. Seguramente sus páginas hicieron soñar a muchos lectores. Desde esta perspectiva se quiere mostrar este diario de viaje. Una narración que refleja un mundo desconocido donde la realidad y la ficción se unen.

Keywords: Literatura chilena, literatura de viajes, narración, Orrego Vicuña, escritores chilenos.

Introducción

El viaje y los motivos que impulsan a viajar han ido cambiando en el transcurso del tiempo. Es el Siglo XX tal vez la época que más interés ha despertado el trasladarse de un lugar a otro, las razones pueden ser varias, por ejemplo, para buscar aventuras, adquirir nuevos conocimientos, realizar investigaciones, por curiosidad, evasión, encuentros espirituales. Todos estos conceptos han estado presentes en los relatos que han escrito los viajeros para dar a conocer sus experiencias propias que quieren transformarse en enseñanzas colectivas.

Los libros de viajes son un subgénero de la narrativa que existe desde hace mucho tiempo. A través de los ojos de sus narradores se puede tener un acercamiento a diversos puntos de vista, geografías, historias y culturas del mundo. Asimismo se manifiesta la personalidad del

sujeto que habla, sus anécdotas y sus intereses.

En este artículo se quiere presentar el texto *Mujeres, paisajes y templos. Japón y China*, de Eugenio Orrego Vicuña, como un ejemplo de literatura de viaje, donde el narrador presenta países desconocidos para los lectores de ese tiempo, pensemos que el texto se publicó en 1931, año en que un viaje al oriente era algo difícil de imaginar para cualquier latinoamericano

Eugenio Orrego Vicuña vivió entre los años 1900 a 1959, proviene de una familia de renombrados personajes de las letras chilenas, nieto de Benjamín Vicuña Mackenna, conocido historiador e hijo del novelista Luis Orrego Luco. Su infancia estuvo siempre rodeada de libros. Estudió derecho en la Universidad de Chile. En el año 1925 fue designado por el gobierno para ocupar un cargo en el extremo oriente, gracias a ello tuvo la experiencia de vivir en Japón y China, además de visitar Rusia bajo el mandato de Lenin. Como resultado de esas vivencias publicó dos textos: *Tierra de Águilas* y *Mujeres, paisajes y templos. Japón y China*. Ambos con el objetivo de mostrar culturas atrayentes para la sociedad de su época.

Fue miembro de la Academia Chilena de la Lengua, en el discurso con que se le recibe, se hace un reconocimiento especial a su labor como historiador, narrador, dramaturgo, estudioso de las doctrinas sociales y políticas de su tiempo, fue un intelectual que dedicó toda su vida a las letras, al conocimiento universal y al reconocimiento de la historia como reflejo del pasado y el futuro de los pueblos.

Literatura de Viajes

El objetivo de este artículo es presentar *Mujeres, paisajes y templos, Japón y China*, texto que se analizará desde la perspectiva de lo que se ha llamado literatura de viajes. James Clifford en *Traveling Cultures* (1991) explica que la literatura de viaje se concentra en los viajeros que se desplazan por voluntad propia y escriben sin intermediarios con un fin estético¹. En la época en que Eugenio Orrego Vicuña recorría otros países, quienes tenían ese privilegio eran embajadores, periodistas, antropólogos, hombres de negocios, en todos estos casos su experiencia se transformaba en narraciones que permitían descubrir otros mundos lejanos que iluminaban la propia identidad.

Tzvetan Todorov en su texto *The Morals of History* (1991, pp.68-70) revisa su propia experiencia como un viajero búlgaro en Francia, a partir de esa vivencia personal, él propone tres requisitos que deben estar presentes en la experiencia del viajero. El primero es el encuentro con el otro y la tensión que provoca ese acercamiento a un sujeto extraño. El

segundo es que este otro no debería ser un europeo, pues como sujetos occidentales somos parte de una misma cultura. Un tercer elemento es la superioridad del viajero, que como tal goza de un lujo no alcanzable para todos. Todorov agrega que una de las características esenciales del género es que el espacio sobre el cual se escribe siempre debe ser ajeno²⁾.

Desde este punto de vista América Latina tiene una amplia tradición de viajeros ilustrados que han ido al encuentro de otros mundos desconocidos para ellos y para sus lectores. Por nombrar a algunos Pablo Neruda, Rubén Darío, Alfonso Reyes y Octavio Paz. Son narradores que nos hablan desde una periferia a otra que establece puntos de contacto inesperados, el mismo Octavio Paz en el ensayo *Vislumbres* nos explica:

“De ahí que no sea exagerado decir que el hecho de ser mexicano me ayudó ver las diferencias de la India ... desde mis diferencias de mexicano. No son las mismas por supuesto, pero son un punto de vista: quiero decir, puedo comprender, hasta cierto punto qué significa ser indio (de la India), porque soy mexicano.” (Paz, 1995, p.95)

Como se puede ver este género literario ha desplegado su quehacer desde diferentes miradas a lo largo del tiempo, ha evolucionado de acuerdo a la realidad y al punto de vista de sus narradores, pero desde una concepción general, se puede decir que, en las páginas de estos textos se conocen elementos de la historia, la cultura y la geografía de países desconocidos, y la personalidad de su autor. Como consecuencia de estas características se reconoce que en estas narraciones el viaje es el motivo central, porque organiza de forma episódica el relato, el desplazamiento es el eje del argumento, la descripción del paisaje, de la gente, de la cultura son el centro de la técnica narrativa.

Características narrativas de la literatura de viajes

En la literatura universal el viaje es un motivo recurrente, que ha sido tema de muchos escritores famosos, como por ejemplo Maupassant, Kipling, Borges, De ellos podemos rescatar estas características como propias de la literatura de viaje:

- El viaje es una parte fundamental en la narración, pero no sólo se refiere a un viaje desde el punto de vista geográfico, también puede que haya un viaje en el tiempo, ya sea porque se trata de un autor clásico o porque se combina en la narración el momento presente del viaje con la historia de los lugares por los que pasa el autor.
- La descripción tiene un carácter funcional, que permite al autor dar cuenta de lo que observa.
- El espacio desconocido genera observaciones que proporcionan la representación narrativa

de nuevos lugares o la comparación con los ya conocidos.

- La relevancia de la geografía humana. No se narra únicamente el viaje, sino que incorpora la visión del autor sobre las personas que habitan los lugares por los que pasa, sus costumbres, sus intereses, su forma de vida, su relación con ellos.
- Todo viaje implica un deseo de aventura, entendida como la entrada de lo desconocido en lo conocido. La aventura se manifiesta como la incertidumbre que produce el desconocimiento, de lo que se ve o se vive por primera vez, pero lo desconocido nunca es totalmente desconocido, pues siempre podemos compararlo con algún elemento cercano.
- Poseen un discurso mixto donde se une lo narrativo con una serie de elementos no literarios, como por ejemplo un discurso enciclopédico que busca informar objetivamente sobre los lugares o personas presentadas. Dependiendo de la preponderancia de uno u otro, nos encontraremos ante textos meramente informativos y otros narrativo descriptivos con mayor subjetividad.
- Carácter subjetivo, pues el autor selecciona espacios, personajes, anécdotas que al mirarlos con sus ojos los reinterpreta dándole al discurso un matiz de subjetividad.

Mujeres, Paisajes y Templos. Japón y China

Como ya se dijo anteriormente el texto al cual nos referiremos como un ejemplo latinoamericano de literatura de viajes es *Mujeres, paisajes y mujeres, Japón y China*, escrito por Eugenio Orrego Vicuña en el año 1926, después de su estadía en Japón y China. En ese momento el extremo Oriente era un mundo misterioso y enigmático para los lectores latinoamericanos, un mundo plagado de ensoñaciones, ilusiones, imágenes preconcebidas, una cultura milenaria desconocida, ante eso la mirada de Orrego Vicuña es lúcida, curiosa, desmitificadora. Llama la atención la veracidad de la descripción, la sinceridad de sus juicios, la crítica moral y política que aparece luego de su primer enamoramiento de los paisajes y las mujeres de estos lejanos países al otro lado del Pacífico.

El relato está dividido en dos partes, en la primera cuenta sus impresiones sobre los lugares que va visitando en Japón, luego en la segunda su experiencia en China, esa comparación entre ambas culturas hace ganar al libro humanidad y veracidad. A su vez, su viaje por Japón va cambiando desde un primer acercamiento idealizado de bellos templos, paisajes y mujeres, hacia una crítica al machismo y la sufrida vida de las geishas.

El texto comienza con una anécdota de un viajero colombiano que al llegar a la ciudad de

Popayán, sus habitantes ansiosos por conocer el mundo, le preguntaron “¿Qué opinión nos traes de los países lejanos, tú que has recorrido tierras? El viajero sonriendo solo contestó : ¡Todo el mundo es Popayán!” (Orrego, 1931, p.17)

Quizás debemos pensar que el mundo es una aldea, que por mucho que viajemos llegaremos al mismo lugar de origen o que simplemente las personas somos todas iguales con nuestras bajezas y virtudes. Orrego Vicuña al regresar a Chile, se siente presionado por las interrogantes de sus amigos que lo apremiaban por saber sus íntimas impresiones de los lejanos lugares conocidos, en un primer momento pensó en recurrir a las palabras del colombiano, sin embargo, decidió comenzar su relato y dar luz a los oscuros mitos del Oriente.

Eugenio Orrego Vicuña comienza su aventura con lo que él llama “dos maletas literarias y en un barco cualquiera, con poco espacio para tanta ilusión, me lancé a mi turno por el mundo.” (Orrego, 1931, p.17) Ese mundo nuevo que le producía tanto anhelo, tenía su primera parada en Japón, país en ese momento absolutamente desconocido, para otro pequeño ubicado al otro lado del Océano Pacífico, llamado Chile.

Viaja a Japón con el deseo de acercarse a una civilización milenaria, para comprender profundamente su cultura, para peregrinar por los templos de Kioto, Nara y Niko, para vivir en una capital llena de contrastes.

Su itinerario, elemento esencial en los libros de viajes, pues sirve como un hilo conductor del relato, comienza en Kioto ciudad que mantiene la esencia del viejo Japón, “Kioto es el Japón de Lafcadio Hearn” (Orrego, 1931, p.21)

En la antigua ciudad visita templos, casas de té, castillos, camina por las estrechas y oscuras calles. Una de las técnicas narrativas más predominantes en este tipo de relato es la descripción, pues ella nos hace viajar junto al narrador a los lugares novedosos. Dentro de las muchas que aparecen en el texto, resalta la descripción que hace del templo Sanjusangendo:

“En la penumbra, un Buda de laca de oro, enorme y solemne, con innúmeros brazos y manos que sostienen objetos sagrados y ordenan e imponen, preside una magna asamblea de dioses. A la derecha e izquierda en filas apretadas, en escalonados rangos que se pierden junto a la bóveda alta, una muchedumbre de Butsudás se alza, Y las siluetas de oro se agrandan en silencio... Esos dioses y diosas, hasta los cuales sube todavía la esperanza de los hombres –que esta larga noche, cuyo agonizar ha durado centurias, aún retiene– forman la inmóvil corte del dios que prometió el Nirvana...” (Orrego, 1931, p.25)

Una de las características de los libros de viajes es la preponderancia de la mirada del

autor, sus reflexiones enuncian una verdad fuera de toda duda, un ejemplo de esto es su encuentro con las geishas: “Las muchachas de esta tarde no son bonitas, pero gozan de extraordinario prestigio profesional. Una de ellas tiene maullar de gata y en los movimientos de todas rítmicos, alados. Hay una fina gracia.” (Orrego, 1931, p.26)

La naturaleza es elogiada gracias a la contemplación de los cerezos, “símbolo de la vida que renace, de la naturaleza que despierta, de las aspiraciones hechas inquietud y esperanza y deseo del alma en que tocan a vuelo las campanas de la resurrección.” (Orrego, 1931, p.36)

La idealización llega a su punto más alto al alabar las mujeres japonesas:

“Lo mejor de Japón son sus mujeres. En ellas la naturaleza concentró toda la suave gracia de una femineidad perfecta y la armonía que, en equilibrio de líneas, de color, de gestos, puede caber en obra humana, en obra de pasión y voluptuosidad.

La japonesa sonríe al saludar, haciendo profunda reverencia, y esa sonrisa es ya una fiesta. En las calles y parques, si se le ve deslizarse en las tardes de primavera o en las mañanas otoñales, diríase mariposas de grandes y vivos colores que rítmicamente, al moverse, van tejiendo cuadros de luz. El sol juega en sus kimonos y sus sombrillas y ellas juegan con el paisaje, dándole extraño prestigio exótico que en vano buscaríamos fuera de Japón.” (Orrego, 1931, p.41)

Contrasta esta visión con las palabras que se leen más adelante, donde ve mujeres tristes, dóciles, resignadas a la sumisión masculina y a la disciplina feudal que subsisten en Japón. Lo mismo sucede con las geishas, estas mujeres graciosas que al principio se mueven delicadamente, luego aparecen presas de un destino trágico, del cual no pueden escapar, vendidas por padres acosados por deudas económicas:

“Y tras los días monótonos y las noches en claro, se cifra toda esperanza en la semana que huye y en un mes que huye y en el año que huye, mas con cuán dolorosa lentitud! Alguna se escapa y la policía se encarga de retornarlas a los amos; otras se arrojan a las aguas malolientes del Sumida. Una parte no pequeña consigue librarse escapando por el camino ancho de la muerte.” (Orrego, 1931, p.68)

La descripción tiene un carácter funcional en los libros de viajes, pues permite al viajero dar cuenta de lo que observa y de sus impresiones, en el caso de Orrego Vicuña vemos que muchas de sus descripciones nos muestran una mirada interior, un tratar de comprender el mundo que emerge ante sus ojos. Todo es novedad, pero también se da cuenta que bajo esa

belleza exterior hay una verdad oculta. Lo mismo vemos con los luchadores de Sumo, campeones ovacionados por el público que pese a ello tienen una permanencia efímera “hay quienes gritan los nombres de los ídolos populares, héroes de una breve temporada, que cederán paso a las celebridades de mañana.” (Orrego, 1931, p.32)

La narración se esmera en mostrar la cultura japonesa, expone sobre teatro, tradiciones, personajes históricos, escritoras. Vamos descubriendo con el mismo entusiasmo del narrador la importancia de Sei Shonagon y de Murasaki Shikibu, ambas mujeres admirables que retrataron la sociedad de su época. Nos habla de Kamo Tchomei, filósofo de Kamakura, quien escribió después de vivir como un eremita, el *Hojoki* o “Libro de una choza de diez pies” donde podemos adentrarnos en las enseñanzas del budismo, especialmente el sentimiento de lo efímero de la vida humana. Tchomei escribe “Se nace en la mañana, se muere en la tarde. Tal es la vida: espuma sobre el agua” (Orrego, 1931, p.80).

Presenta a un personaje no muy conocido para el mundo occidental, Ikku, a quien presenta como un hombre de humor:

“El humorismo, que suele florecer en las etapas decadentes, encontró en las letras japonesas un intérprete al que tocó en suerte vivir en los mejores años del período Tokugawa. Y en ese intérprete vibró la alegría popular como en ningún otro de Oriente. Fue Shigeta Sudakaza, conocido con el seudónimo de Jippenshi Ikku.” (Orrego, 1931, p.84)

Orrego Vicuña se explaya en un hombre de justicia (Itakura Shighemune), en un dibujante (Hokusai). Luego, comienza la lectura de Lafcadio Hearn, quien indudablemente lo influencia, de alguna manera quiere seguir el modelo de este escritor que dedicó años a mostrar Japón a los occidentales.

Al adentrarse en el mundo de la cultura, su mirada de Japón se agudiza, va dejando atrás los estereotipos del país perfecto, de la mujer perfecta, de los paisajes maravillosos, para encontrarse con un país real donde hay problemas sociales como el machismo o económicos. En Ginza encuentra una marcha de obreros, los ve desfilar con la cabeza en alto, en ellos ve la esperanza de un futuro mejor: “Van desfilando armoniosamente. Unidos por los brazos o por las manos, unidos en noble gesto fraternal, como quería Marx en los días iniciales de 1848” (Orrego, 1931, p.39)

Al dejar Japón lo acompaña la sabiduría de Buda, sus últimas reflexiones vienen junto a la imagen del Buda de Kamakura, su cara lo impregna de paz y serenidad, anhela acercarse a la

búsqueda del Nirvana, sus enseñanzas le anticipan que hay un largo camino para dejar la aflicción, esto se convierte en su incentivo para el futuro.

Viaje a China

Las impresiones de su viaje a China, de alguna manera sirven también como un contrapunto de su visión de Japón. Llega al puerto de Shanghái después de la Navidad, su primera apreciación es que ha llegado a una ciudad cosmopolita y heterogénea.

También a una ciudad de fiestas y despilfarro:

“En el gran comedor era una fiesta de los ojos y del estómago. La luz brotaba del piso marmóreo, de los techos de cristal y de mil pabellones y fuentes empotradas en las paredes entre bambúes y palmeras. Corrían los mozos y las fuentes. Estallaba el champagne.” (Orrego, 1931, p.168)

Le llama la atención la ostentación de los chinos, la facilidad para mostrar la fortuna, incluso en su funeral puede irse la fortuna de la familia, para aparentar riqueza.

La descripción de las mujeres es totalmente diferente a lo que fue su admiración por la belleza japonesa, al contrario las mujeres chinas le llaman la atención por la deformación de sus pies.

Su llegada a Pekín, le produce desolación y cierto enfado al encontrarse ante una ciudad sin alma, una ciudad donde el negocio predomina en las relaciones humanas. Lo desconcierta la mercantilización de la sociedad y el poco valor de la vida humana. Su descripción revela este sentimiento:

“Pekín está en venta. Las almas y las cosas están en venta. Podríaís comprar un esclavo de doce años por un puñado de monedas y las bendiciones del padre atormentarían vuestro oído largo rato. Un ciudadano me siguió alguna vez suplicándome, a gritos, que me llevase a su hija “ (Orrego, 1931, p.186)

Por la noche Pekín se vuelve una ciudad sin ley, los barrios de diversión están invadidos de soldados. En el cabaret Internacional hay mujeres rusas excesivamente perfumadas y una mirada amarga.

La pobreza que ve en las calles le duele, más aun después de asistir a fiestas en embajadas occidentales donde todo es lujo. Por las calles del barrio extranjero, custodiadas por la policía

china, circulan los pocos automóviles que hay en Pekín. “De noche la iluminación no es mala y la vigilancia continúa. Los embajadores sonrían, ante una copa de fine-champagne.” (Orrego, 1931, p.191)

Crítica duramente a los diplomáticos que protegen la venta del opio y que facilitan el enriquecimiento de las fortunas de sus países. La corrupción está presente en muchos ámbitos, pero lo que más le indigna es ver el daño social que provoca el robo inescrupuloso de las grandes empresas occidentales de la época.

El mundo de la cultura tampoco le satisface, va al teatro que en comparación al de Japón, actúan solamente actrices con barbas, pelucas y voces fingidas. El público grita, pelea y se disputa los asientos. Sin embargo, reconoce la importancia de China en descubrimientos que han sido vitales para el progreso de la humanidad. Igualmente, de la fuerte influencia que ejerce la cultura china en la civilización japonesa, como por ejemplo su sistema de escritura.

El narrador rechaza ese mundo superficial que ve en las calles, pero admira profundamente lo que él llama la China milenaria, sin tiempo que lo maravilla por su belleza. Describe con cuidado la magnificencia del Templo del Cielo. Esa grandiosidad le llama la atención a pesar del abandono patente en que se encuentra:

“Bajo los árboles del Templo del Cielo hay varios pabellones. En uno de ellos existe un pozo de agua transparente. Es un patio cubierto de arbustos que han ido creciendo en medio del abandono y la soledad, creciendo a medida que los techos se hundan y las lacas se descascaran. Al fondo de ese patio, que tiene el olor de las ruinas, se alza la Biblioteca de los emperadores Ming. Avanzo hacia ella, a través de las malezas, sin conseguir llegar a la puerta, delante de la cual un árbol ha tenido tiempo de crecer, tapándola hasta el techo con su tronco y sus ramas. ¿Qué hay en el interior? Antiguos manifiestos, códices viejísimo en que se vació la sabiduría de pensadores y poetas que florecieron en la dinastía Ming.” (Orrego, 1931, p.204)

La Ciudad Prohibida, le provoca el mismo sentimiento, maravilla y enfado al encontrarse con algunos de los salones más bellos que ha visto, rodeados de polvo y desidia.

El palacio de verano le provoca una gran admiración. Para los ojos del autor, esta gran construcción es una belleza arquitectónica, sin embargo no queda exenta de cierta irresponsabilidad social en una sociedad con tantas carencias económicas:

“Los habitantes de Pekín se impusieron, no sin estupor, de que al pie de las Colinas Sagradas del oeste se realizaban grandes trabajos. Aplanando un monte, en su

reemplazo surgió un lago y a las orillas se alzaron pagodas y residencias suntuosas. En el lago brotó una isla y sobre sus aguas la blanca quilla de un barco de mármol, de un barco custodiado de dragones. El Palacio de Verano, surgido de la imaginación de una reina artista, había sido realizado por el sudor y la vida de millares de proletarios.” (Orrego, 1931, pp.228-229)

El fin de su viaje por China lo estimula para escribir una arenga en contra de Occidente que se ha aprovechado sin control de este país lleno de riquezas. “El Occidente ha explotado a China como en los tiempo del esclavismo a las colonias africanas.” (Orrego, 1931, p.239)

La pobreza que ve en las calles lo conmueve, al recorrer sus ciudades observó la miseria que nunca había conocido, personas muriendo de hambre, pasando un frío inimaginable. Los que tienen el privilegio de tener trabajo, tampoco lo pasan mejor, pues sus sueldos son miserables, bajo condiciones laborales deplorables.

Al terminar el texto, su pensamiento va hacia la explotación del hombre: “En parte alguna de la tierra puede aparecer más cierta aquella afirmación de que el hombre es el lobo del hombre” (Orrego, 1931, p.245)

Conclusión

Al comparar sus escritos sobre el viaje a Japón y a China, en ambos casos queda claro que ambos países impresionaron al narrador de manera profunda, pero diferente. En Japón tuvo un enamoramiento total de la belleza que observó en los templos, en los paisajes verdes, en la nieve del invierno, en las mujeres idealizadas como perfectas. Al profundizar su conocimiento de la cultura y de la sociedad se dio cuenta que había un mundo interior, que no era tan fácil de ver, que se atisbaba desde la puerta. Esboza una sutil crítica, pero el sentimiento general es de admiración.

Al llegar a China, saltan a la vista los contrastes, es un mundo cosmopolita, con ruido, pese al ruido se da cuenta que es una sociedad sin tiempo, milenaria, el origen de la cultura. China lo conmueve.

Como literatura de viajes se muestran con detenimiento las impresiones subjetivas de cada lugar que visita. La descripción de paisajes con detallada narración hacen trasladarse al lector con la imaginación a lugares nunca antes conocidos. El itinerario del viaje lo lleva por templos, pagodas, palacios espacios reales que generan la admiración y con ella la creación de

un espacio literario propio del autor.

La descripción de las personas cobra también gran relevancia, especialmente la presentación de la belleza femenina. La idealización de la mujer japonesa frente a la banalización de la mujer china, nos hace reflexionar sobre los cánones de la belleza de la época implícitos en la valoración del autor, la mujer como símbolo de perfección física, se admite la belleza de los ojos, de los movimientos, de la sonrisa, pero se castiga una deformación en los pies. En ninguna de las dos descripciones se muestran mujeres reales, sino estereotipos sociales.

El encuentro con el otro más que indagar en la identidad de su sociedad, nos muestran opiniones ideológicas del propio autor, tanto los obreros japoneses que marchan por las calles de Tokio, como la explotación occidental en China, despiertan en él un fuerte rechazo por las condiciones económicas en que se encuentran las personas que ve por las calles. No se explaya en defensas de un sistema determinado, pero espera que algún día se liberen y puedan conseguir una vida digna, una vida igualitaria donde se acaben los beneficios de unos pocos y la pobreza de muchos. No hace comparaciones con América Latina, pero se podía especular que lo mismo ocurre en las sociedades americanas.

Predomina en el texto una descripción subjetiva de los lugares y personas que va conociendo en su itinerario por ambos países, la narración rica en adjetivos provoca en el lector la capacidad de imaginar estos elementos desconocidos para una sociedad que como se ha dicho antes no tenía la posibilidad en esa época de viajar tan fácilmente como ahora, por otro lado, como lectores contemporáneos nos hace reflexionar sobre la mirada superficial o profunda que podemos tener al momento de acercarnos a nuevos destinos, cuál es la mirada reflexiva de aceptación o rechazo que tenemos cuando nos encontramos con el otro desconocido.

Mujeres, paisajes y Templos. Japón y China es un libro de viajes, que nos hace meditar sobre qué vemos cuando nos encontramos con mundos desconocidos, hasta dónde somos capaces de entender, porque como pensaba Orrego Vicuña al inicio de su relato el mundo no es Popayán.

Notas

- 1) Clifford, James. (1992) "Traveling Cultures". *Cultural Studies*. Lawrence Grossberg, Gary Nelson, Paula A. Treichler, editores. New York-London: Routledge. p.110.
- 2) Todorov, Tzvetan. (1991) *The morals of history*. Translation Alyson Waters. Minnesota & London: U of Minnesota Press. pp.68-70.

Bibliografía

- Cantú, Irma. *Usos y desusos de la teoría del viaje y su aplicación a la literatura latinoamericana*. <https://trans.revues.org/245>
- Clifford, James. (1992) "Traveling Cultures". *Cultural Studies*. Lawrence Grossberg, Gary Nelson, Paula A. Treichler, editores. New York-London: Routledge.
- Kushigian, Julia A. (1991) *Orientalism in the hispanic literary tradition*. Albuquerque: U of New Mexico Press.
- Orrego Vicuña, Eugenio. (1931) *Mujeres, paisajes y templos. Japón y China*. Montevideo: Impresora uruguaya S.A.
- Paz, Octavio. (1995) *Vislumbres de la India*. México: Seix Barral.
- Pratt, Mary Louise. (1992) *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London & New York: Routledge.
- Richard, Nelly. (1988) "Postmodernism and Periphery." Trans. Nick Caistor. *Third Text 2* (Winter 1987/88): pp.5-12.
- Todorov, Tzvetan. (1991) *The morals of history*. Translation Alyson Waters. Minnesota & London: U of Minnesota Press.

(Paula Letelier 外国語学部准教授)